

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



El reconocido pintor Alfredo La Placa. Archivo: Alfredo La Placa, 2006



Amadeo La Placa. Archivo: Alfredo La Placa, 2006.



Enrico La Placa junto a su mujer e hijas.



Amadeo, primero a la izquierda, en plena actividad laboral. Archivo: Alfredo La Placa, 2006.

EL MUNDO DE LA PLACA

A sólo una cuadra del pintoresco parque del Montículo, se halla la casa de don Alfredo La Placa. Si bien el domicilio del destacado pintor potosino queda próximo al "balcón de los enamorados" es prácticamente imposible divisar desde el lugar las copas tupidas de los colosales eucaliptos que se yerguen como titanes custodiando la zona. La residencia del artista ha sido edificada unos metros más abajo de la afamada atalaya de Sopocachi, y son sus propios muros los que impiden un mejor avistamiento de este conocido jardín público. Sin embargo, es el viento de la tarde que trae ligero el aroma resinoso de la floresta delatando a su paso la cercanía de los gigantes verdes. Ni hablar del cadencioso gorjeo de los jilgueros o "*chayñitas*", inquilinos alados que llegan con el final del otoño hasta la arboleda del parque para vulnerar con su canto el silencio casi perpetuo del crepúsculo. Así, el septuagenario artista plástico concibe sus días. Hace mucho que vive en el tradicional barrio paceño y es en esta zona de bohemios apasionados y anacoretas afligidos donde ha visto procrear su obra. Claro que a la hora de hablar de sus inicios en el campo

del arte es necesario remontarse en tiempo y distancia hasta los orígenes de su familia. Por ello es conveniente iniciar un peregrinaje retrospectivo por los caminos remotos que conducen al sitio preciso donde el primer miembro de la familia La Placa posó por vez primera ambos pies. Después de invocar nombres extintos, recordar fechas pasadas y recorrer paisajes con imágenes casi siempre en sepia, se llega hasta las soledades ventosas de la puna orureña. Es en esta región minera del vasto altiplano donde se encuentran las huellas de Enrico La Placa, ingeniero napolitano que llegó a Bolivia en 1910 contratado para trabajar como asesor en las minas del potentado empresario Carlos Víctor Aramayo. Enrico vino adulto y con la congoja amarrada al pecho. De nada le valía la fiel compañía de su esposa Concettina y de sus hijas Elena y Elisa, es que a su lado no estaba la figura inquieta del menor de los retoños, Amadeo. Éste se había quedado en Italia, internado en el colegio dispuesto a culminar sus estudios para luego inscribirse en la escuela de ingeniería, labor que cumplió a medias ya que la irrupción violenta de la Primera Guerra Mundial cambió el orden establecido y tuvo que enrolarse como voluntario en el ejército para participar en la confrontación bélica. Bajo estas circunstancias, Enrico y Concettina no podían dormir tranquilos. El sólo hecho de pensar en las condiciones extremas de peligro en las que se hallaba expuesto su hijo los tenía a mal traer y deseaban, cuanto antes, tenerlo junto a ellos. En Bolivia llevaban una vida cómoda y sin privaciones, las ganancias que percibía Enrico les permitían acceder a toda clase de beneficios, además, ya habían transcurrido más de diez años sin poder estrecharlo entre sus brazos y esta situación era extremadamente amarga para el hogar, más aún si éste predicaba las normas de afecto y dedicación absoluta a la familia que todo inmigrante italiana debía cumplir. Es así que el ingeniero manda a llamar al joven soldado una vez que se anoticia del cese de hostilidades. Amadeo arriba gozoso a Sudamérica y su sonrisa diáfana se ensancha aún más al reencontrarse con sus padres y hermanas. Durante los años de ausencia tenían que registrarse cambios, por supuesto que sí, y Amadeo los encuentra en los rostros ligeramente envejecidos de sus progenitores y en la nueva situación civil de las hermanas. Ambas estaban casadas y tenían como maridos a dos jóvenes ingleses que llegaron a Bolivia contratados por la empresa de ferrocarriles Bolivian Railway. Con el pasar de los años, uno de ellos llegará a desempeñar las funciones de socio mayoritario de la firma norteamericana The Coca Cola Company en suelo boliviano. Pero para pesar de la familia entera, el accionista anglosajón parece víctima de un cáncer Terminal; la viuda, triste y deprimida por la irreparable pérdida, decide en el acto, como queriendo descartar algunos recuerdos materiales, poner a la venta las acciones del esposo fallecido ofreciéndolas a un precio razonable a su joven hermano. Amadeo se habrá sentido presionado ante semejante propuesta, no de otra forma se explica su actitud al rechazar de entrada la oferta que la hermana le hacía. Lo cierto es que el hijo de Enrico escapa a la posibilidad real de dar un salto a la fortuna. Por el momento se encontraba ocupado en otros menesteres de los cuales, el más importante, estaba centrado en conquistar el corazón de Rebeca Zubieta, tarea que finalmente consigue en 1928 cuando el italiano lleva hasta al altar a la muchacha potosina. De esta unión nacerán dos varones: Alfredo y Enrique.

La vida en pareja resultó risueña para Amadeo quien además contemplaba encantado como el pequeño Alfredo, su primogénito, reventaba a carcajadas cada vez que alguien hacia morisquetas para robar su atención. Enrico observaba este y otros episodios familiares sereno y relajado. A menudo se lo veía pensativo y por momentos parecía alejado de todo lo que sucedía a su alrededor. Tal vez estaba organizando anticipadamente su despedida. Cosa que no hubiera sido para extrañarse, ya que al napolitano le gustaba arreglar lo suyo bajo un orden severo y una puntualidad estricta. Su última hora llegó sin alterar las reglas de vida que él mismo se había impuesto desde joven. Aunque su partida fue relativamente prematura –no había llegado a cumplir los setenta– el emprendedor ciudadano y afectuoso padre se llevó consigo el respeto de los amigos y el amor de los suyos. Amadeo aceptó resignado el deceso de su padre y aunando energías sacó adelante a la familia trasladándose a la Sede de Gobierno. En Potosí se quedaban guardados los recuerdos más gratos de aquellos años.

Empleado en la firma importadora Duncan. Fox & Cia, el italiano cumplía con responsabilidad las labores que tenía asignadas. Y es justamente en este lugar donde traba amistad con la figura carismática de Mc Donald, hombre dicharachero y de espíritu soñador. Amadeo adquiere talento y práctica como vendedor y pronto se encuentra trabajando en un

negocio casi tan grande como Duncan. Fox & Cia, la Western & Ashton, ubicada en la calle Loayza.

Posteriormente prestará sus servicios de agente viajero en el negocio del señor Komori, importador japonés de telas. La fama de Amadeo se extiende por el mundillo del comercio boliviano llegando a ser conocido como "Habla deo La Lata", mote que se gana por sus capacidades innatas de convencimiento a la hora de obtener clientes y vender productos. El sardo viajaba por toda Bolivia y eran escasos los días en que se lo podía ver en casa. Eso si, nunca les hizo faltar nada a sus hijos y esposa. Para él eran el tesoro más preciado que tenía sobre la tierra y no existía nada o nadie sobre este mundo que le hiciera cambiar de idea. Así mantuvo su pensamiento, firme e incólume hasta el último día de su existencia.

Don Alfredo ha terminado el relato. Se lo nota emocionado aunque trate de ocultarlo. Hablar de la familia lo transporta invariablemente a otros tiempos y lugares distantes. Sitios y momentos a los que sólo él puede dirigirse teniendo como timón de mando el cuerpo liviano y delgado de un pincel.